



PLUMALAPIZ

SEMANARIO DE ARTES

ADMINISTRADOR
Arturo d'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal Fernández

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443
Oficina de Redacción; Morandé 432

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
Casilla, 1684

AÑO I

SANTIAGO, 30 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 7

CONCURSOS LITERARIOS

En otra página damos cabida á una extensa información gráfica del último concurso organizado por el Consejo Superior de Bellas Artes, Letras y Música. Ha sido éste un acontecimiento intelectual al que no queremos ni debemos quitarle nada de su importancia. Todo lo que tienda á dar seriedad, á «profesionalizar» la labor literaria en nuestro país, forzosamente ha de ser bien mirado por nosotros, cansado como estamos de estrellarnos contra prejuicios imbéciles según los cuales escribir para el público es una entretención propia de ociosos y chiflados.

Pero por lo mismo que damos toda su importancia al auxilio que el Estado desea prestar á las letras nacionales por medio de estos certámenes, no queremos dejar pasar la oportunidad que se nos presenta de exponer nuestras ideas acerca de un asunto que de tan cerca nos toca.

Desde luego, nos parece indispensable que se deje establecido que un primer premio priva del derecho de optar en concursos posteriores: más claro, que los escritores agraciados con un primer premio no tienen derecho á presentar trabajos correspondientes al tema en que obtuvieron aquella re-

compensa. La justicia y oportunidad de esta disposición son evidentes y no necesitan demostración.

En cambio, como una compensación, ó como un corolario de la disposición anterior, podrían, con esos escritores «hors concours,» integrarse los jurados respectivos. Nadie más fuerte é intimamente vinculado que ellos á los Concursos ni más interesados en su buena marcha. ¿Y qué mejores títulos de autoridad para juzgar que las que ellos aportarían?

Además, es preciso pensar en llevar un poco de juventud á los jurados. Salvo contadas excepciones, son jóvenes los que, presentándose á los certámenes, les dan vida y justifican su repetición periódica.

Y no es lógico, es hasta incongruente que esos jóvenes no reciban otra sanción que la del juicio de personas cuyos gustos están enormemente distanciados de los suyos. Es necesario que en el jurado de cada uno de los temas haya por lo menos un representante de esa juventud que trabaja y produce y que tiene derecho, en consecuencia, á que sus gustos y sus ideas sean tomadas en consideración.



EL POEMA CLÁSICO

—¿Quién es?

—Vienen de la Imprenta del Sol á llevar un trabajo.

—Dile que mañana se lo mandaré.

Salió el mozo, y Oscar volvió á sus papeles, bajo la luz que arrojaba la pantalla roja eterna confidente de la quebradiza telaraña de sus ensöaciones, la sala era elegante, con una elegancia simétrica de amaneramiento burgués. Todos los cuadros (de firmas anónimas) estaban á una misma distancia del friso color madera. Algunos bustos de mármol soñaban en la penumbra propicia á memoranzas y discreteos. En todo triunfaba la corrección sistemática de las cosas acomodadas. El canasto de los papeles vacíos, y el cenicero, limpio. En una esquina, un reloj antiguo de péndola perezosa, marcaba el galope devorante de las horas...

Oscar se puso de pie, y llamó con el timbre escondido trás un pesado cortinón rojo. Pronto llegó el mozo.

—Mañana temprano llevas á la imprenta un trabajo que te dejaré aquí en la mesa.

Salió el moctón entornando la puerta. Oscar era un machón soltero, tejedor de amores fáciles y de versos desabridos, en donde campeaba la monotonía gris y cenicienta de lo clásico. Vivía con sus padres en aquel caserón aristocrático dormido en un extremo de la Alameda, y hermosado por un ramillete de recuerdos añejos de sus antepasados virtuosos. Adornaba sus días con visitas á las redacciones de los diarios, confeccionando artículos y enyuntando los versos de sus poemas gramaticales que de tarde en tarde aparecían en alguna revista ilustrada. Era un muchacho alto, moreno, fornido, por cuyos ojos despiertos y preguntones parecía no haber pasado nunca la polvareda de oro de las fantasías.

Sin esa continuada y sistemática producción literaria, su vida sólo estaría llena de bostezos, pues el amor solo de cuando en cuando le rozaba el corazón con aletazos nerviosos, hablándole de la música de unos versos que él no escribiría nunca...

El crujir de la puerta le anunció que alguien entraba.

—Ah! Éres tú...

—Trabajas?

—Sí... unos versos.

Era su prima Sara, magnífica mujer de veinticinco años, de ojos apasionados y de boca húmeda de gata. Provinciana de sangre había venido á pasar unas semanas en casa de sus tíos, para saborear la alegría mundana de los inviernos santiaguinos.

Sentóse frente á Oscar, llenando el ambiente de un perfume casi sensual. Era fuerte y gentil, sus senos duros y redondos tenían una audacia de proa. Sus ojos, que quedaron en la penumbra tejedora

de imposibles, llameaban. En la blusa traía prendido un ramillete de violetas. Oscar inquieto, expoleado por ese perfume femenino exitante, edificaba sus estrofas:

«En esa roca indómita y sombría

Se estrella rumorosa la marea...

En el silencio de encantamiento de la habitación se oían las respiraciones. El piesecito nervioso de Sara golpeaba la alfombra, como marcando el compás de la sonatina de sus quimeras...

Inconcientemente, en las tardes en el balcón y en las noches junto al piano, los ojos de los primos habían enredado la historieta sentimental de su amor naciente.

Amor? Amor ardiente, fuerte, verdadero; amor bruto y hermoso, amor de savia joven, nó; pero sí un calorillo mansurrón con sabor á escuela y adolescencia.

—¿Te molesto?

—Nó, ya ves como puedo escribir.

Sara se puso de pie para leer por sobre el hombro de él:

«En esa roca indómita y sombría

Se estrella rumorosa la marea...

Oscar sintió más cerca ese aliento de fuego, y en su mejilla el cosquilleo de un bucle de seda

«Y en la noche fantástica y humbría

Sólo brilla la llama de la idea».

—¡Qué bonitos!

—¿Te gustan?

—Vaya!

Volvió ella á su asiento, haciendo crujir la silla bajo el peso de su magnífica anca de yegua. El silencio volvió á cerrar la conversación como en un paréntesis.

Desde su rincón, el reloj antiguo de péndola perezosa, cantó una hora, como haciendo un prosaico llamado á la realidad. Volvió á triunfar la quietud de encanto. Del interior de la casa no llegaba un ruido. Parecía que la vida toda se había detenido, en una pavorosa inmovilidad de aguas estancadas.

Mientras Sara hojeaba algunas revistas dispersas sobre la mesa, Oscar la contemplaba. Su cabellera negra tenía un lustre diabólico; la nariz fina, la boca ¡oh, la boca! era un poco grande y sensual. Y era esa boca la cautivadora, porque tenía el supremo encanto del defecto amado. Lo sabía Oscar pero nunca se había detenido á descubrir su causa, su cerebro no se enredaba jamás en complicadas sicologías.

—Me voy. Estas trabajando muy despacio.

—Nó! Mira. Ya ves.

Volvió ella á leer por sobre el hombro de Oscar.

«En esa roca indómita y sombría
Se estrella rumorosa la marea,
Y en la noche fantástica y umbría
Sólo brilla la llama de la idea,
Que es en el fuego de la mente mía
Como el fulgor siniestro de una tea».

El perfume volvió enervante como el susurro voluptuoso de sus copos.

Ahora hubiese querido Oscar que Sara se fuera. Le parecía que toda la sala estaba incendiada por ese olor tibio de alcoba, que el monótono tic-tac del reloj alcanzaba á refrescar un poco...

Sentía pasar los minutos lentos, venenosos, pesados, como gotas de fuego.

No hablaban. No podían hablar. No tenían de qué hablar. La pomposa verbosidad de Oscar, que en los ardientes lances y polémicas de los ateneos, arrancó tempestades de palmadas, estaba dormida en una inercia inverosímil.

¡Si lo llegasen á saber sus compañeros de arte! Y se sintió ridículo y pequeño ante esas cuatro paredes que lo habían visto soñar.

El tic-tac del reloj pareció tomar un acento burión. Los versos florecían forzados y mecánicos.

«Bajo la blanca luz de las estrellas
Se oyen canciones lánguidas y bellas».

Sara, curiosa, se puso de pié para leer los versos últimos. Sus rostros quedaron cerca, sintiéndose la respiración breve que movía rítmicamente el seno de ella, meciendo el ramo de violetas.

Como un niño que al hacer un daño se precipita para terminar pronto, Oscar la abrazó por sobre la mesa bruscamente. Audaz, nervioso, loco, la besaba en los labios, en los ojos, en la nuca, con besos glotonos, breves, sonoros...

Al día siguiente cuando el mozo entró en busca del original, sobre la mesa sólo encontró una carilla inconclusa bajo un puñado de violetas rotas...

DANIEL DE LA VEGA.

ARENKA LÍRICA

ANTE UNA ASAMBLEA DE ESTUDIANTES

I

Salud, brillante pléyade, salud! Desde el obscuro terrón á que me adhiero como la hiedra al muro, yo amo al sol y suspiro por la racha de viento...
Hoja de hierba, admiro la luz, el movimiento, la vibración, el ruido, como que son la vida que fluye y que refluye con amplia sacudida: la vida, que en tus ojos, juventud, centellea; que es en tus venas sangre, y en tu cerebro idea; risa en tus labios; ímpetu en tus miembros, y en-
[sueño
en tu alma que ve al mundo, para su fe, pequeño!

Salud, brillante pléyade en cuya ardiente vista hay una chispa que habla de fuerza y de conquista!
[ta!

Salud por tus afanes! Salud por los asombros en medio de los cuales sostienes en los hombros los ideales patrios! Salud por tus arrestos de lucha; por el brío que en tus gallardos gestos palpita; por el ansia con que rompes el paso, indiferente al triunfo lo mismo que al fracaso!

II

Oh, juventud, gloriosa vanguardia de la raza que envuelta entre los pliegues del tricolor se abra-
[za!

Joven también, me tienta la noble bizzarria de tu alma, y eso basta para que seas mía.
¿Qué extraño que una el fuego de mi alma á tu en-
[tusiasmo?

¿Qué extraño que te cante? Fuera brutal sarcasmo callar, sellar el labio, dócil al egoismo, y estarse con los ojos clavados en sí mismo...
¡Nó, nó! Prefiero al ocio de ensueños extrahumanos al generoso aliento de un apretón de manos, y el hurra de los pechos frenéticos, al vuelo del éxtasis estéril que va buscando el cielo.

